

El más acá

Pálido por su enfermedad y hundido en su sillón preferido, lo acompaña su infaltable vaso de whisky. Diríase, somos un trío, Raimundo, su whisky y yo.

Es mi amigo de la niñez y un gran conversador. La muerte es uno de nuestros temas recurrentes.

No sé a quién le tocará primero Humberto, —me dice, —ahora, con esta enfermedad, te voy ganando por cinco cuerpos, a lo menos.

—Escúchame, quiero proponerte un pacto, algo solemne, Raimundo.

—¿Te pongo el Réquiem de Mozart, de música de fondo?

—No te rías, el primero de los dos, que pase al reino de los que no vuelven, debería buscar la forma de informarle al otro...

—Informarle qué, estás loco Humberto, no hay manera. Nunca alguien ha venido al más acá a contar sus aventuras en el más allá.

—Es que me angustia ese futuro que se nos acerca...

Han pasado ya unos años de esa conversación y me ocurrió en medio del sueño. Sí, me tocó a mí, llegué antes y sin ninguna solemnidad. Nadie tomó nota de mis últimas palabras, no hubo discursos de todas mis bondades y excelencias, ni ese avanzar por el túnel luminoso del que se habla, ...nada. Todo muy prosaico. Percibo sí, que ahora soy una mente sin cuerpo y avanzo hacia ciertas formalidades que ahora me tocan, alguien me llama.

—Señor, gusto de recibirlo, —me dice y quizás es San Pedro, como nos contaban allá abajo, pero no sé. —Tiene usted dos alternativas, el cielo o el infierno, —me explica.

—Pero ¿cómo? Yo entendía que eso depende del comportamiento que tuve allá abajo.

—¡Siguen ustedes tan provincianos! ¿Todavía les enseñan eso?

—Escojo el cielo entonces, —respondo. Me escucha con interés e indecisión, se demora...

—Bueno, pienso que usted no está informado.

—Acláreme eso, por favor, —le digo.

—Duda y dilata, por fin explica, —no sabe usted la cantidad de solicitudes que tengo de redestinar difuntos del cielo, que ahora quieren ir al infierno.

—No puedo creerlo, ¿y eso por qué?

—Bueno, se aburren, se hastían, es una zona de tedio profundo.

—¡Me sorprende! Además, en el infierno hay llamas y el calor es intolerable.

—¡Les siguen contando eso a ustedes! En fin, el problema en el cielo es que solo hay gente buena, bien portada, administrativos ordenados, personas correctas y hartas vírgenes. En resumen, gente aburrida y sin mayor chispa.

—Y qué hay en el infierno entonces.

—¡Ah! Independiente de que allá están Stalin, Hitler, Al Capone, que son casos extremos, está lleno de gente creativa, acostumbrados a caminar por el borde de la norma y también más allá de ella. Son personas fecundas, imaginativas, inventores, creadores, líderes.

—Pero aquí somos mente sin cuerpo, entonces no hay necesidades. Sin ellas no hay actividad, no hay lucha por conseguir cosas o buscar logros. Dicho de otra manera, deben estar también muy tranquilos y aburridos.

—No pues señor.

—¿Cómo no?

—Mire, esos son los que hicieron todas las cosas allá abajo. Son los valientes, los creativos, los libidinosos, malvados.

—¿Y eso qué?

—Con tanto que han vivido, tienen la memoria sobrecargada. Ahora se narran unos a otros sus hechos, logros, hazañas y se pasan de listos, hermocean sus cuentos. Inventan y mienten hartos. Es un mundo de literatura oral muy interesante.

—Bueno, ahora que lo pienso, me acuerdo del purgatorio. Usted no me habló de esa alternativa, ¿ya no la tienen vigente? Es porque yo preferiría algo intermedio, ni tanto ni tan poco, no quiero arriesgar.

—Claro, últimamente la gente se va a los extremos y pocos piden el purgatorio, discúlpeme por no mencionarlo. En ese lugar intermedio encontrará muchas personas con dificultad para gozar y fuertes sentimientos culposos.

—Se me olvidaba, usted podrá ayudarme, —le dije —tengo un compromiso con mi amigo Raimundo allá abajo, de entregarle una idea de lo que aquí ocurre.

—No es el único usted. Bastantes llegan aquí con esos compromisos, pero no podrá hacer nada, puedo ayudarlo yo...

—¿Y cómo?

—Puedo dejarle a él un libro en su velador, allá abajo y sin más indicaciones. Su título escrito en letras grandes, de autor anónimo es "Atrévete".

—Y, ¿de qué trata ese libro?

—Son solo páginas en blanco.

—Pero, ¿a qué viene eso?

—El futuro de quienes se atreven son páginas en blanco.